

contra del capellán, creciendo las disensiones hasta llegar á tramar el dar muerte al ministro de la Iglesia, y entónces se presenta de nuevo el Padre D. Martín, pasa á la Hacienda de los sublevados, los apacigüa, y les hace desistir de su nefando proyecto, y restableciendo la paz que no volvió á turbarse.

En el año de 1886 vuelve á Irapuato, á desempeñar su capellanía rural, con tanto gusto como si no hubiera decendido de un curato importante, y á continuar la reposición de la casa de San Cayetano en donde promovía tandas de ejercicios, y asistía á los retiros del día 21 de cada mes hasta que dejaba confesados á todos los que á él acudían. Dirigió á muchas almas, auxilió á muchos pobres y aún á familias enteras que todavía lloran. Sufriendo alegremente la falta de la vista que le quedó muy imperfecta, á pesar de la operación de la catarata, de cuya época data el decaimiento de su salud.

Por fin, no descuidó de la educación de su familia, sosteniendo á sus sobrinos de su peculio en los colegios hasta concluir su carrera; en la sacerdotal recordaremos los Pbro. D. Zacarías y D. Fernando Ruíz, y D. Luis G. Magdaleno; y de otras profesiones, al Lic. D. Lázaro y profesor D. Petronilo Ruíz, todos notables por su honra-

dez, pues no podía ser de otro modo con el ejemplo de su tío. De los extraños fueron innumerables los que auxilió ya ministrándoles con su peculio, ya ayudándoles con sus consejos y recomendación.

En 1889 un sobrino suyo, el Pbro. D. Luis G. Magdaleno, cura de la parroquia de el Coecillo, de León, quiso y vino á solemnizar brillantemente las bodas de oro de su tío, ó sea el aniversario quincuagésimo de su primera Misa y así se verificó en el templo de Ntra. Sra. de la Soledad; fueron sus padrinos el Sr. Pbro. D. Hilario Rivera y el mismo Padre D. Luis G. Magdaleno, el Dr. D. Antonio Retana y el Lic. D. Antonio del Moral; la Cátedra Sagrada fué desempeñada por el Presbítero D. Gabino Chávez, y asistió una numerosa concurrencia.

Por último en las misiones habidas en el año de 1892 el Padre Ruíz tomó mucha parte, y ayudó de su peculio á la venida de los misioneros maristas que hicieron tanto bien, y fundaron la devoción al Corazón de María, reanimando la Archicofradía casi olvidada; de suerte que en todas estas grandes obras tiene amplio participio.

VI.

Por fin, el sol de la vida iba llegando á su ocaso: tres cuartos de siglo y ocho años más se habían aglomerado sobre aquel cuerpo, gastados todos en el servicio de Dios, y como sesenta en el ejercicio del ministerio sacerdotal. Insensiblemente había ido decayendo el vigor y la fuerza, la vista se hacía cada vez más imperfecta hasta casi llegar á perderse; disminuía el apetito y el sueño lo sentía de rechazo. Como á mediados de diciembre, la decadencia se hizo más notable, y el anciano tuvo que tomar el lecho. No era su mal otra cosa que la senectud, que constituye, á veces una verdadera enfermedad. Nuestro Padre, nó dejó de conocer que su fin se acercaba, y quiso y pudo prepararse como debe hacerlo el cristiano, y más, el sacerdote: arregló todos los negocios temporales, y se dedicó al cuidado de los espirituales; recibió los Sacramentos con especial devoción, y mayormente el Sagrado Viático que el Párroco le administraba acompañado de gran número de los sacerdotes que formaban el clero de la ciudad, hablando entonces muchas palabras de edificación. Entre tanto los facultativos que le asistían, le aplicaban esos remedios que solo tienen por objeto reparar algo las fuerzas y entonar

el sistema; pero desgraciadamente sobrevinieron algunos síntomas no esperados que exigían la aplicación de difíciles remedios. Recordamos que San Alfonso María de Liguorio, en su última enfermedad, tuvo que someterse á algunas medicinas que alarmaban en gran manera su modestia, y que siéndole aplicadas por obediencia á sus confesores, le hacían llorar como á un niño, nó tanto por el dolor, cuanto por la pena y la molestia. Algo de esto quería el Señor que padeciese el Padre, quizá para que acabase de purificarse con el sufrimiento, y el cateterismo, esa operación tan dolorosa como mortificante, le hacía exhalar ayes que llenaban de compasión á las personas que cercadas á su aposento pedían noticias del estado de su salud, ó permanecían allí para prestarle sus servicios.

En fin, el domingo 26 de diciembre, minutos después de las nueve de la noche, sin agonías penosas, ni angustias que á veces torturan á los moribundos, plácidamente entregó su espíritu al criador, á quien un día antes la Iglesia había celebrado en su Nacimiento, y cuyas alabanzas cantaba el enfermo pocos días antes, en esos versos sencillos del pueblo que llaman "los pastores." Había cumplido ochenta y tres años y medio de edad, y cincuenta y ocho de ministerio.

Al día siguiente se celebraron sus exequias en la iglesia parroquial, con el concurso que es de suponer, aunque el Prelado que gobernaba entonces la Diócesis de León, no tuvo á bien conceder el permiso que se solicitó para que se pronunciase una oración fúnebre, cosa en nuestros tiempos que no deja de ser delicada, y que últimamente ha prohibido el Concilio latino americano, si nó és con licencia del Obispo, que examine antes la pieza oratoria que se haya de predicar, lo que no deja lugar á pronunciar oración fúnebre al día siguiente del fallecimiento de las personas, pues no podría escribirse y entregarse previamente á la censura episcopal la pieza que habría de tener lugar. Por la noche se depositó el cadaver en el santuario de nuestra Señora de Guadalupe del Puente, y al día siguiente fué conducido al Panteón, acompañado de inmenso gentío y de varios sacerdotes que recitaban el Rosario y en partes también llevaban en hombros la caja mortuoria. Sobre su sepulcro se colocó una modesta lápida en espera del tiempo en que los restos serían exhumados para trasportarlos á una iglesia.

El sentimiento de la muerte del Padre D. Martín Ruíz, fué universal en la Diócesis; llovieron cartas y telegramas de condolencia: el Illmo. Sr. Barón, Obispo de la Diócesis, envió un telegrama

del tenor siguiente: "Enterado, profundo dolor, ya pide por nosotros en el cielo." Como se vé pronto parecía canonizarlo el Prelado.

Posteriormente un sobrino político del piadoso difunto, ha tenido cuidado de tener fresca su memoria del modo más oportuno, es decir, haciendo celebrar aniversarios consecutivos por su alma, con Misas repartidas por todo el día. Y no contento con esto, ha fabricado á un lado del Oratorio anexo á la iglesia de san Cayetano, una capilla á una venerada Imágen de Jesús crucificado, en cuyas gruesas paredes se dejó una cripta á propósito para guardar los restos fúnebres del amado difunto. La prensa católica, nó sólo la local, sino aun la de la capital de la república, dió luego noticia del fallecimiento de nuestro Padre, añadiendo elogios mas ó menos significativos. Una cosa que llamó la atención por su carácter medio misterioso, fué publicada en el semanario de León llamado "El Pueblo católico," á la muerte del Sr. Cura D. Tiburcio Medina, que lo fué de Guanajuato. Vamos á reproducirlo textualmente, dejando al criterio del lector la apreciación de los hechos:

"Vamos á consignar un acontecimiento que ha llamado mucho la atención de los que tuvimos de él conocimiento. Pocos días antes de la muerte

del Illmo. Sr. Barón, acaecida hace un año, (cuando la publicación del artículo,) nos refería el Sr. Cura Medina, que había tenido un sueño de esos que parecen tener los caracteres de realidad por su viveza, en el que hablaba el Sr. Cura D. Martín Ruíz, (que había muerto en Irapuato,) quien le dijo: "diga U. al Illmo. Sr. Obispo que esté prevenido, porque pronto va á morir.—Y ¿de qué manera podré garantizarle esto? preguntó el Sr. Medina.—Puede U. decirle que por señas de que acaba de alzar unos papeles de importancia.—Y qué más?—Nada más: pero á U. puedo asegurarle que poco tiempo después morirá U. también."

"Esto repetimos, nos lo decía el Sr. Cura dos ó tres días antes de la muerte del Illmo. Sr. Barón, la cual, como era natural, mucho le impresionó; sin que sepamos si cumplió ó nó con su encargo.

"Al año y días de la muerte del Illmo. Prelado, falleció el Sr. Medina. Acaso ese aviso contribuyó mucho á su preparación, y á que muriera en la paz y tranquilidad que se notó en su muerte." * Posteriormente se tiene conocimiento de que un eclesiástico dió aviso á S. Sria. Illma. de la proximidad de su muerte, contestando solamente: gracias, gracias. Se infiere que personalmente

*

Número 7 del año de 1889.

el Sr. Medina nó cumplió, pero si pudo informar de todo á un eclesiástico de confianza del Illmo. Sr. Barón, á quien sin duda lo comunicó, porque el Sr. Barón dijo que esos papeles eran unos billetes de banco que se habían traspapelado, y más se afirmó el Sr. Medina al tener conocimiento de la muerte del Illmo. Sr. diciendo: "nó hay duda de lo que me reveló el Padre Ruíz, no hay más que prepararnos." Y así fué. Solo notaremos que siendo sacerdotes los que intervinieron en todo esto, nó puede dudarse de su veracidad, ni se decidirían á hacer esto del dominio público, si nó lo juzgasen digno de credibilidad.

VII.

Siete años han pasado: la capilla edificada para recibir en sus muros los restos del amado difunto, acababa de concluirse; y he aquí que en enero de este año, (1905,) se repartió con profusión en Irapuato, una esquela de luto elegantemente impresa y encubierta, cuyo tenor es el siguiente:

"In memoria aeterna erit justus. La memoria del justo permanecerá eternamente." (Salm. III. v. 7.)—Debiendo trasladarse los restos del finado Sr. Cura D. Martín Ruíz, del Panteón municipal al sepulcro que se le preparó en la Capilla del

Señor crucificado, en la iglesia de san Cayetano, y habiendo de celebrarse con este motivo, unas solemnes exequias en el santuario de Guadalupe del centro, en el que tanto trabajó, seguidas de una oración fúnebre por el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, se suplica al venerable Clero, á los fieles, y en especial á sus parientes, amigos y favorecidos, se sirvan asistir á estas religiosas ceremonias, que tendrán lugar el día 15 del presente, á las 9 a. m.—Irapuato, Febrero de 1905."

Como se anunció en esa invitación, así se verificó: los restos fueron traídos del Panteón, las exequias celebráronse con una solemnidad desacomunada: el Clero asistió casi en su totalidad, la concurrencia fué muy selecta y numerosa: de León y aun alguien de México, vinieron al fúnebre convite: los restos en enlutado catafalco, descollaban encerrados en negra y decente caja de madera: el sobrino político del finado nó reparó en gastos para honrar la memoria del santo sacerdote: una orquesta grave y bien acordada, dejaba oír las melancólicas notas del *Dies irae*: y terminada la Misa cerca de las once de la mañana, antes de los solemnes responsorios como está prescrito, ocupó la cátedra sagrada el orador nombrado en la esquila invitatoria, y debutó tomando por texto estas palabras del principio del Li-

bro de Job: "Erat vir ille simplex, et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo." "Era aquel varón, sencillo, y recto, temeroso de Dios y apartándose del mal." Pareció este texto muy á propósito para el asunto, pues la sencillez y la rectitud eran precisamente el tipo del venerable sacerdote cuyas virtudes se trataba de enzalsar. Comenzó el orador recordando como Dios escoje á los humildes para levantarlos, como escogió á David y lo sacó "*de post foetantibus*," de tras de las ovejas madres, para hacerlo pastor de su pueblo; dijo que cercano á nuestros tiempos se ha visto al venerable Holzhauser de Alemania hacer sus estudios sirviendo de criado doméstico, al Padre D. Bosco en Italia, salir de la clase del pueblo para iniciar tan grandes obras, y al Cura de Ars en Francia, hijo de pobres labradores, acabó de iniciar Bienaventurado, siendo los tres de humildísima condición, y los tres, faros luminosos en la santa Iglesia; y por fin mencionó al actual Jefe del cristianismo, el Sr. Pio X, descendido de pobre familia, lo que tanto han acentuado los periódicos impíos, quizá con la perversa intención de escarnecer á la Iglesia; pero eso la honra, pues en ella no se reconocen más aristocracias que las de la virtud y de la ciencia. Habló del humilde origen del difunto cuyas exequias

se celebraban: siguióle en sus años juveniles, lleno de sencillez y de piedad, juntando esta con el estudio, lo que es raro en nuestros días, en que se estudia harto, pero nada se ora, y de allí resultan falsos sabios que impugnan á la Iglesia con todas armas . . . Pasó á hablar de la carrera sacerdotal, dijo lo que era el sacerdote: su dignidad superior á todas las de la tierra, su misión social, el desprecio con que el mundo le mira, y la creciente y debida veneración con que los buenos católicos le rodean . . . habló de las Ordenes sagradas recibidas por el difunto, de la manera extraña con que tuvo las primicias de la vocación sacerdotal en el teatro; de su dedicación constante á la empresa sacerdotal por excelencia: la salvación de las almas; contemplóle de Vicario en Irapuato haciendo grandes obras en medio de grandes dificultades: trayendo las primeras Misiones que cambiaron á la población descarriada y pervertida: la institución de la Adoración eucarística llamada entre nosotros la Vela perpetua, la que se conserva hasta el día con lucimiento y grandeza, y otras obras que aun permanecen y se instalaron debido á su celo. Siguióle á los curatos que desempeñó, haciendo ver cómo cumplió con los múltiples, difíciles y complicados deberes parroquiales, siendo notable por su desinte-

rés, virtud tan digna de la tribu sacerdotal, y mencionando el cambio radical de una de sus parroquias, que siendo á su llegada una verdadera manada de lobos, se tróco mediante su constancia, su dulzura, su caridad y su celo, en un rebaño de mansas ovejas, mereciendo los aplausos del Pastor de la Diócesis. Vióle amar siempre con ternura y hacer amar de sus feligreses á la Madre de Dios, siendo el primer-introductor del Mes de María, y el gran favorecedor de la bella Asociación de las Hijas de María. En fin, le acompañó hasta sus postreros días, encomiando sus virtudes, y gastando nada menos de cinco cuartos de hora en desempeñar su cometido, apostrofándole al terminar la oración para que favoreciese á sus clientes y ayudase con sus preces á sus amigos, parientes y favorecidos, que dejó aquí en la tierra.

Después siguió el solemne responsorio, concluído el cual, fué piadosamente conducido el Cuerpo, en su caja, al lugar que le estaba preparado en la capilla del Señor crucificado, donde aguardaba también una lápida para dar á conocer el lugar de su sepulcro.

Entre tanto, muy cierto es lo que dice la santa Escritura: "*Memoria justi cum laudibus*, La memoria del justo siempre va acompañada de sus alabanzas." (*Prov. X. 7.*)

002